

# CUARENTA RELATOS

PREMIO SILVERIO LANZA 1989

## INTRODUCCION

*Con la edición de este libro de CUARENTA RELATOS no se cierra un ciclo de los "PREMIOS SILVERIO LANZA" sino que por el contrario nos obliga a continuar por este sendero, ya que las bases (reproducidas al final de este volumen) han resultado más acertadas de lo que habíamos previsto, aunque obliguen -o quizá por eso- a leer todos los relatos correspondientes al mismo grupo a todas las personas concursadoras que quedaron integradas en él, para que entre todos -constituídos en Jurado- premien a los que según sus criterios consideren los mejores.*

*A nosotros nos queda solamente decir que para realizar este trabajo de selección con el mayor rigor y diligencia se han formado grupos de catorce relatos que hemos enviado a todos y cada uno de sus componentes para su lectura y puntuación. Una vez recibida ésta y sumados los puntos correspondientes ha resultado este libro que tienen en sus manos, si bien y a título de curiosidad diremos que además de los tres premiados de cada grupo hemos publicado aquellos relatos cuya puntuación ha sido igual o superior a 58 puntos para los menores de 18 años y 63 puntos para los mayores de esta edad.*

*No queremos dejar de señalar que la máxima puntuación la ha obtenido María Rosa Núñez González único trabajo -con 107 puntos- que ha sido votado por todos los componentes de su grupo con puntuaciones mínimas de cinco puntos, aunque ha habido otros como Raquel Garrido, David González, Agustín Olivera, Raquel Gómez y Lorenzo M. Silva que también alcanzaron el pleno de sus compañeros. Y para terminar*

© CENTRO MUNICIPAL DE CULTURA  
C/. Madrid, 54 - Teléfono 681 60 62  
28902 GETAFE (Madrid)

I.S.B.N.: 84-505-9384-0

Depósito Legal: M. 21.700-1989

Impreso en España - Printed in Spain

## ANOCHECIDAS

Antón Cabral Prieto

En la anochecida, ya sin esperanza ni futuro mis ojos vieron señales ciertas de tierra. Sobre el mar flotaban hojas de árboles, ramas y maderos, y el poco mar y viento con que habíamos navegado estos cuatro desafortunados días últimos cesaron de pronto. No quise confiar en nuestra fortuna y mucho menos en la mía, pero logré incorporarme y sospechar que la suerte, bendita sea, a pesar de dios, no nos había abandonado. Decidí trepar al palo mayor y otear desde allí el horizonte circular que nos ceñía. Una desmesurada inquietud que apenas conseguí sosegar empezó a turbarme: por un lado entreveía el éxtasis; por otro, otro infortunio, el definitivo. Pero sin razón, lentamente, me fui convenciendo de que los indicios eran ciertos. Los cadáveres, los moribundos, las miradas perdidas, los rostros inalterables me disuadieron de lo contrario. Lentamente. Sin razón. El escorbuto había diezmando la tripulación. De los treinta y tres hombres que habíamos partido de Sanlúcar sólo quince palpitábamos y a seis de estos la muerte les rondaba con mansedumbre y dolor. Sin más ceremonia que la premura los muertos habían sido tirados al mar, arrojados de la historia mínima. Desde el barco veíamos como sus cuerpos flotaban en el aire un instante y luego ahuecaban el mar y desaparecían; un estallido sordo, de una tristeza más inmensa que la mar oceana, precedía su desmemoria. Pero nosotros continuábamos mirando el mar desde tan adentro que el mundo no existía. El mar de la oscuridad.

Bajé del castillo de proa, conmovido pero cauteloso, y me llegué a la base del mástil y antes de gatear a la torre vigía no pude evitar mirar a mis compañeros. No pude evitar encontrarme con esos rostros rotos, resquebrajados por el mar, la desolación y el hambre. Hombres dejados al azar que esperan la consumación sin moverse durante días. Oh, señor, yo maldigo tu inexistencia.

*ANTON CABRAL PRIETO. 22 años. Vive en Beluso-Bueu (Pontevedra) y es estudiante.*

Inmóvil rememoré la desdicha. Los hombres apenas se alimentaban. Mudos permanecían en cubierta. El capitán, yo mismo y el contraataque mantuvimos el rumbo realizando cálculos con el cuadrante y la sondaleza hasta hace tres días, cuando ambos fenecieron debido a una extraña hinchazón de todos los miembros. Desde ese momento el barco ha ido a la deriva. A la deriva mi corazón. El sacamuelas atendía a los agonizantes. Sólo se bebía vino y se comía almendra. Esa era nuestra pitanza cuando los días comenzaron a alargarse, a hacerse infinitos y la muerte no se contuvo. Apenas quedaba ya. No se achicaba agua. No se fregaba cubierta. No se reparaban velas. Ni cabos. Ni aparejos. No había guardías. Ni voces. Ni había vidas. En algún rincón algún marinero moría, se iba apagando poco a poco. Ya no se le tiraba al mar.

El sol, la maldita luz, nos cercaba. La luz nos cercó siempre. El horizonte también.

Pero hoy en la anochecida, en la tenue luz, ya sin esperanza ni futuro mis ojos vieron señales ciertas de tierra. Conseguí subir. Subir. Subir. El aliento se me escapaba. Escudriñé el mar. Una isla perforó mis ojos. Grité. Caí de rodillas. Sólo tres personas se levantaron, dos marineros y el cirujano...

En el mar, en la clama chica, se reflejaba mi sombra. Cayeron la noche y veintinueve lágrimas y mi sombra se diluyó en el mar de la oscuridad. Para siempre.

